

SAN IGNACIO DE LOYOLA.

(GUIPÚZCOA.)

I.

EL PENITENTE DE MANRESA.



N otro punto de esta obra, cuando nuestros lectores han tenido á bien acompañarnos en nuestra escursion á la pintoresca montaña de Monserrate, hemos hallado en el monasterio de Wifredo á un pobre peregrino del que ahora vamos á ocuparnos con mas detencion.

Aunque rápidamente, allí hemos visto bajo un aspecto la vida de Ignacio de Loyola; ahora vamos á apreciarla bajo otro punto de vista.

Le hemos visto soldado, combatiendo denodado por su patria en las murallas de Pamplona; le hemos visto anacoreta, velar sus armas en el templo de Monserrate y pedir á la Virgen de las montañas el apoyo del cielo para seguir con fé la nueva senda en que ha penetrado.

Este es el momento propicio para nosotros, el momento en que debemos volver á encontrarle.

Su vida de guerrero ha concluido, y empieza su vida de espiacion.

Al salir del templo ha trocado su traje con el de un mendigo y se ha encaminado á Manresa. Se dirige al hospital de Santa Lucía extramuros de la ciudad; quiere allí vivir ignorado entre los ignorados, pobre entre los pobres.

Una cadena de hierro abraza su pecho, cubre su desnudez un saco talar ceñido con una grosera cuerda, lleva un pié descalzo y el otro calzado, déjase crecer la barba, las uñas de piés y manos, y su rubia cabellera que ántes caía hermosa y en poblados rizos sobre sus hombros, ahora se presenta sucia, sin peinar y desgrefñada.

Descubierta está su cabeza; ni le importan los ardores del sol, ni los rigores teme del yelo y de la nieve; reza de dia y de noche, y cuando el sueño baja á cerrar sus párpados fatigados, entonces se tiende en la dura tierra, reposa su cabeza en un madero ó una piedra, y duerme el sueño de los justos.

Se niega todos sus deseos, vence todas sus repugnancias, quiere de todos ser despreciado para satisfacer con las mortificaciones y asperezas los deleites pasados, y con el desden la ambicion y el anhelo de la mundana gloria.

Lleno está el hospital de Santa Lucía de mendigos y de enfermos; todos los sufrimientos, todas las dolencias, todas las miserias se rebullen allí como hirviendo en un centro comun; el sitio es pestífero, el aire emponzoñado, pero, qué le importa! Firme está y decidido. Entra en el hospital. Será el criado de los criados.

Él barre las salas, él hace las camas, él lava los piés á los mendigos, él cuida á los enfermos, él les consuela en su miseria, en sus trabajos y en sus aflicciones. Alguna que otra vez recuerda que ha sido un dia caballero, y siente como estremecimientos de repugnancia recorrer su cuerpo. Entonces es cuando se dice á si mismo:

— Pues qué, no es un pobre de tu misma carne y sangre? Pues qué, tienes asco de tu hermano? Reconoce, reconoce la sabiduría eterna. Si á tí te causan horror las llagas de su cuerpo, qué horror no causarían á Dios las llagas de tu alma? Y sin embargo, curado te las ha y lavado con su propia sangre!

Y cuando esto se dice, Ignacio corre al pobre mas asqueroso y encarcerado, á aquel del que tienen horror hasta los ojos, se echa á sus piés, besa sus llagas, y, si es necesario, sorbe la podre con sus mismos labios.

Á veces, dá tregua al cuidado de los enfermos y otra tarea le ocupa. Reune

á los niños, á los pordioseros, á los hombres y mujeres de las calles vecinas y que de todas partes acuden á la plaza del hospital, y sentándose en uno de los poyos del mismo edificio, se entretiene á explicar los misterios de la fé y á enseñarles las oraciones mas comunes (1).

Un dia cede á una tentacion poderosa, siente una voz que le habla en su interior, que le dice: — Qué haces aquí entre tanta hediondez y bajeza? Si servir quieres á Dios, porqué te has venido á ser entre pobres el desprecio de los que te rodean? Ya que no á tu fama, atiende á la de tus parientes, y no quieras con tus harapos y tu compañía deshorrar á una familia ilustre. Despreciado no puede ser un virtuoso sin ser despreciada la misma virtud, y agradar no puede á Dios quien espone la virtud, que es de tanta estima, al desprecio de gente tan ruin. Si quieres ser pobre, vive entre las riquezas, que de este modo será tu desprecio voluntad y nó necesidad; si quieres ser santo, sélo puedes en las cortes y en los ejércitos, dando ejemplo de virtud entre soldados y cortesanos, mejor que entre ignorantes que atribuyen la virtud á hipocresía y se escandalizan de lo mismo que edificarles debiera. Vuelve á tu nido, golóndrina fugitiva, vuelve á tus rediles, oveja extraviada, que allí donde diste el mal ejemplo, dar debes el bueno, para corregir con el bueno á los que se perdieron con el malo.

Y cuando oye esta voz, Ignacio se sobresalta, tiembla, vacila, se siente impelido por una fuerza superior, pero sin embargo acude á la oracion y se arroja en brazos del pobre mas hediondo y asqueroso que encuentra, no separándose de sus brazos hasta que, desvanecida su tentacion, convierte en amor el horror que habia concebido.

Otras veces, es distinta la mortificacion que se impone. Los vecinos de Manresa le ven recorrer sus calles, inclinado sobre un baston, pálido, desgrefñado el cabello, medio calzado y medio descalzo, vestido con el saco, parándose á cada puerta y solicitando de la caridad pública un pedazo de pan que llevar á sus dolientes hermanos.

En pocas casas es atendido, casi de todas es arrojado. Objeto de risa para

(1) Posteriormente se conservó con gran veneracion en Manresa la piedra donde se sentaba el santo, y para perpetuar su memoria, pusieron encima del portal y en una tabla los siguientes versos que podrán no ser buenos, pero que manifiestan la candidez de la epoca:

Sirviendo en este hospital

Ignacio á gloria divina,

enseñaba la doctrina

en las piedras deste umbral.

unos, de escarnio para otros, le toman por loco, le señalan con el dedo, y los muchachos que le conocen por *el demente del saco*, le siguen en tumulto, silvándole, tirándole piedras, llenándole de baldones y de injurias. Y sin embargo, ni una queja exhala el antiguo hidalgo; sus labios solo se abren para bendecir á Dios.

Poco á poco esta tempestad se calma; á fuerza de admirar su paciencia y sufrimiento, empieza la gente á mostrársele cariñosa, corre la voz de que sus harapos de mendigo ocultan un corazón de caballero; al desprecio ha sucedido la piedad, á la piedad la estrañeza, á la estrañeza la admiracion. El portadosero del hospital de Santa Lucía ya no es ni un mendigo ni un demente, es un hombre de virtud ejemplar, es un santo.

Ignacio ve un dia caer á sus pies á los mismos que le han llamado hipócrita, embustero y farsante.

Se ha divulgado la noticia de su nobleza, de su valor en el castillo de Pamplona; se ha sabido su peregrinacion á Monserrate, su voto á la Virgen. Ya en él no se estraña nada, y si ántes, al verle en las calles mas principales de Manresa caer repentinamente de rodillas, alzar los brazos al cielo, y hacer pláticas de las cosas divinas, se le llenaba de injurias y de silvidos, ahora cuando á una de esas místicas expansiones se entrega, todos caen como él de rodillas, todos como él oran con fervor al Eterno. Las espinas se han trocado en flores; Ignacio buscando el desprecio, ha despertado la admiracion.

Su humildad se rebela entonces, y desaparece de Manresa sin que nadie sepa de él en muchos dias.

El penitente ha ido en busca de un lugar mas retirado, donde pueda con mas quietud entregarse á la contemplacion y al rezo.

Á seiscientos pasos de la ciudad, en un valle que baña con sus corrientes el Cardener y riega con el agua que brota de su acueducto el Llobregat, Ignacio ha visto una cueva (1) situada en medio de un ribazo á manera de bóveda cavada en un peñasco, tosca, llena de desigualdades y picos que sobresalen en el techo y paredes, muy estrecha, mas á propósito para sepultura que para habitacion.

El penitente decide situarse en ella, continuar allí su obra de espacion y penitencia. Cercada está la cueva de malezas y espinos que no abren paso sin herir al que atravesarles quiere; pero en vez de ceder, Ignacio insiste en su pro-

(1) La tradicion dice que esta cueva le fué enseñada al santo por la misma Virgen que se le apareció en ocasion en que iba á visitar la capilla de Nuestra Señora de la Guía que está á la otra parte del Cardener.

pósito. Escoje aquel lugar como un paraíso; la aspereza le convida y ayuda á la penitencia; la oscuridad y las tinieblas le mueven á la oracion; una abertura formada naturalmente en las peñas le permite ver desde el interior el santuario celebrado de la Virgen de Monserrate.

Pronto la cueva no es para él mas que un lugar de delicias, un palacio donde goza con toda libertad en sus recreos espirituales. Aumenta sus penitencias, acrecienta sus oraciones, junta las noches con los dias por medio del lazo de la contemplacion, riega el suelo con lágrimas ya de dolor por sus culpas, ya de gozo por los consuelos del Señor, y observan algunas personas que curiosa ó devotamente le acechan, que hiere sus pechos con una piedra como otro San Gerónimo entre sollozos y suspiros.

Sus fuerzas se agotan, su salud se altera, su rostro se desfigura, pero la firmeza es superior á todo. Redobra los ayunos, multiplica las penitencias.

Sin embargo, un dia, postrado, abatido, deja caer su frente entre sus manos y por vez primera olvida su rezo á la hora acostumbrada: es que una multitud de recuerdos con sus alas doradas han venido á revolotear seductores en torno suyo. Ignacio levanta la cabeza y cree ver á un mancebo opulentamente vestido, coronado de flores, la sonrisa de la dicha en los labios, la copa del placer en la mano, el cual le habla, le habla y le recuerda todas las felicidades de las que se ha despedido, todas las venturas que ha abandonado, — la casa solariega de sus padres donde reinan el lujo y la riqueza, — los jardines perfumados bajo cuyas umbrias se paseaba en brazos de la holganza y de los sueños de oro, — los campos de batalla donde le esperaban los laureles de la victoria, — la corte de los reyes donde le aguardaban cien bellezas para hacerle morir de amor.

Y el penitente vacila, teme ser fascinado, se pregunta si en efecto no es para él demasiado pesada la tarea que se ha impuesto, y viendo que su corazón enmudece, que á contestar satisfactoriamente no se atreve en aquel momento de obsesion y de vértigo, se precipita fuera de la cueva, corre á la vecina iglesia de Villadordis, y allí, recobrando el imperio sobre sí mismo, renueva ante el altar de la Virgen su propósito, su resolucion y su voto.

Fortificada su alma, vuelve á su cueva, y entonces es cuando escribe un libro que titula *Ejercicios espirituales*, ese libro que es un método de meditacion, un manual de retiro, y al mismo tiempo una coleccion de pensamientos y preceptos para dirigir el alma en el trabajo de la santificacion interior; ese libro del que dijo San Francisco de Sales que habia salvado tantas almas como letras encierra; ese libro que debia ser el alma de una nueva orden reli-

giosa; ese libro en fin, que los jesuitas han llamado un magnífico canto del hombre á Dios, y un poema mas grande que el *Paraiso perdido* de Milton y la *Divina epopeya* de Dante.

Esto no obstante, aun no han concluido para el mendigo de Manresa los momentos de prueba. La enfermedad se ciernen destructora sobre su cabeza. Hállanle una tarde tendido en la cueva (1) sin conocimiento, helado como un cadáver, y le trasladan al hospital su antiguo asilo, para luego llevarle en su convalecencia al convento de los dominicos.

Ignacio llega al umbral de la muerte y se salva casi milagrosamente. Sus ayunos y penitencias han destruido completamente su salud y sus fuerzas. Cae en una profunda melancolía, la duda vuelve á apoderarse de su alma, la tentacion vuelve á erguirse seductora ante él, pero esta vez ha variado su puntería: no le promete dichas y placeres, no le ofrece cuadros encantadores de ventura, nó; hace por el contrario nacer en su mente, como nace la chispa en el pedernal, la idea horrible, criminal y espantosa del suicidio.

Horrorizado el noble mendigo, cae de rodillas y se abraza á un crucifijo. Reza, reza tanto, que al levantarse, quizá por vez primera, se siente completamente fuerte, completamente invencible. Es la última vez que será probada su alma con la tentacion. Ya entre el pasado y el presente media un abismo, y el camino de la virtud se le ofrece solo para guiarle hácia el porvenir.

Concluyó el soldado, concluyó tambien el penitente; es ya el peregrino á los santos lugares que preceder debe al apóstol de las Indias.

(1) En esta cueva es donde, segun tradicion tambien, tuvo el santo el famoso rapto de los ocho dias durante el cual, dicen sus biógrafos, Dios le manifestó como le tenia elegido para fundador de una nueva religion.

II.

EL SOLDADO DE CRISTO.

Un año entero ha transcurrido para Ignacio en la cueva y en sus penitentes tareas. Cree ya llegado el momento de partir para Jerusalem, como decidido tiene desde que ha abandonado su vida militar, y así lo manifiesta á sus amigos de Manresa.

Muchos quieren acompañarle, pero Ignacio lo rehusa.

— Tengo ya compañía, — les dice.

— Pues con quién partís?

— Con tres virtudes: la fé, la esperanza, la caridad.

Ignacio parte de Manresa á principios de 1523, se embarca en Barcelona, y desembarca en Gaeta.

Al verle tan miserable y andrajoso, creen que es un apestado, pues que la peste hace entonces estragos, le arrojan de cuantas aldeas y villas visita en su marcha á Roma, y se ve obligado á dormir en los campos bajo los árboles ó en los pórticos de las iglesias.

Regresa de Roma, llega á Venecia, un español se compadece de él y le paga el pasaje á la isla de Chipre. Sus éstasis durante la travesía hacen que los marineros le tomen por loco y abriguen por un momento el proyecto de echarle al agua.